

1 TESALONICENSES 2:13-16

¡Buenas tardes! Para aquellos de ustedes a quienes aún no conozco, mi nombre es Aaron y tengo el placer y el privilegio de formar parte del equipo de ancianos aquí en Grace.

Hoy continuamos con nuestra serie sobre Tesalonicenses, y el pasaje que Wilmarie acaba de leer se centra específicamente en la Palabra de Dios.

Ahora bien, para aquellos de nosotros aquí presentes que somos cristianos, creemos que tenemos acceso a esta misma palabra de Dios, en este libro: la Biblia.

Pero antes de predicar esto, debo confesar algo: no soy un buen lector. Por decirlo suavemente.

A menudo tengo que leer una página seis o siete veces porque llego al final y me doy cuenta de que, aunque mis ojos han visto las palabras, mi cerebro no ha registrado nada de ello.

Y esto se aplica a la lectura de todos los libros, incluyendo, lamentablemente, la Biblia.

De hecho, en muchos sentidos, me resulta incluso más difícil leer la Biblia. Porque algunas cosas que contiene son realmente difíciles de entender.

A menudo se requiere una verdadera implicación para llegar al fondo del asunto; no nos proporciona la dosis instantánea de dopamina que, por ejemplo, nos da un vídeo de Instagram.

No solo eso, hay algunas cosas en la Biblia que podemos leer y pensar, sería mucho más fácil si ESO no estuviera ahí.

Como el pasaje de 1 Samuel donde la bruja resucita el espíritu de Samuel, dejándote perplejo pensando: ¿qué significa eso? ¿Por qué está ahí? ¿Pueden las brujas resucitar a los muertos?

E inevitablemente, son las preguntas difíciles sobre este tipo de pasajes las que a mi esposa Tash le gusta plantear en nuestro grupo de estudio bíblico, dejándome completamente perplejo.

Y algunas personas, incluso algunas iglesias, debido a las dificultades que presenta la lectura de la Biblia, simplemente concluirán que los detalles de lo que dice la Biblia no importan. Es irrelevante.

Porque fue escrito en una época totalmente diferente.

No se puede simplemente tomar lo que se les impuso a un pueblo relativamente primitivo hace dos, tres o cuatro mil años y aplicarlo al complejo mundo moderno en el que vivimos hoy.

Eso sería una locura, porque tenemos mucha más sabiduría. Hemos pasado por la Ilustración y la Revolución Industrial.

Ahora tenemos acceso a todo el conocimiento del mundo en una computadora de cuatro pulgadas que llevamos con nosotros. ¡Y ni hablemos de las maravillas de la IA!

Por lo tanto, lo último que necesitamos es centrarnos en la información detallada que se encuentra en la Biblia. Porque tenemos toda la información que podríamos necesitar al alcance de la mano.

¿Acaso no es lo más importante de la Biblia el mensaje principal? Estás perdonado, ámense los unos a los otros, Jesús te ama.

Estas diferentes interpretaciones de la Biblia plantean la siguiente pregunta: ¿realmente importa si la tomamos al pie de la letra o no?

Porque, en definitiva, tenemos dos opciones:

- O la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Perfecta en todos los sentidos/.
- O simplemente se trata de un texto perspicaz que pretende ayudarnos a vivir una buena vida.

Veamos qué dice el pasaje de hoy sobre esto, comenzando en el versículo 13:

«Y también damos gracias a Dios constantemente por esto: que cuando recibieron la palabra de Dios que oyeron de nosotros, la aceptaron no como palabra de hombres, sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, que obra eficazmente en ustedes los creyentes.»

Así pues, Pablo describe tres maneras en que los tesalonicenses interactuaron con la Palabra de Dios cuando él se la compartió.

- Ellos **Escuchó** él.
- Ellos **Recibió** él.
- Ellos **Aceptado** él.

Así que los primeros de ellos oyeron la palabra de Dios de Pablo y de los que estaban a su alrededor. Pero la oyeron de hombres.

De la misma manera, escuchamos la Palabra de Dios —la Biblia— como un texto escrito por hombres. De hecho, uno de esos hombres fue Pablo, quien puso por escrito lo que sin duda compartió con los miembros de la iglesia de Tesalónica.

Y, por supuesto, Pablo no fue el único autor humano: existen alrededor de 40 autores, repartidos por tres continentes, que escribieron en tres idiomas diferentes, a lo largo de un período de aproximadamente 1500 años.

Y luego, tras escuchar a los hombres, leemos que lo recibieron y lo aceptaron como la Palabra de Dios.

¿Qué quiere decir Pablo cuando dice esto?

Ahora, pido disculpas a cualquier hablante de griego antiguo por la forma en que estoy a punto de destrozar el idioma, pero la palabra griega traducida como "recibido" es "paralambano", y la palabra traducida como "aceptado" es "dechomai".

Así pues, "Paralambano" conlleva la idea de recibir algo que ha sido entregado o transmitido. Los tesalonicenses recibieron el mensaje de Pablo y de quienes estaban con él.

Escucharon lo que se les enseñó y lo asimilaron.

Pero "dechomai" va más allá. Implica dar la bienvenida o aceptar lo que se ha ofrecido.

No se limitaron a recibir el mensaje de Pablo como información. Lo acogieron como verdadero. Lo recibieron por lo que realmente era: no meras palabras de hombres, sino la Palabra de Dios.

El mensaje les llegó a través de mensajeros humanos. Recibieron lo que oyeron. Y entonces lo acogieron y lo aceptaron como la Palabra de Dios.

En resumen, Pablo está diciendo que no solo oyeron el evangelio, sino que lo recibieron, creyeron en él y permitieron que transformara sus vidas.

Ahora bien, está claro que esto tiene una aplicación muy directa para nosotros.

Lo primero que debemos hacer es asegurarnos de escuchar la palabra. Y, ante todo, lo hacemos leyendo la Biblia, itanto si somos buenos en ello como si no!

Y, por supuesto, complementamos esto asistiendo a la iglesia y escuchando la Palabra de Dios explicada, para que nos ayude a comprenderla, y hablando de ella con nuestros amigos y familiares, reflexionando sobre ella, orando y pidiéndole a Dios que se revele a través de ella.

Cueste lo que cueste para que nos llegue, para que, al igual que la gente de esta iglesia, estemos escuchando la Palabra.

Y entonces, al igual que los tesalonicenses, debemos recibir la Palabra como verdad objetiva, dicha por Dios.

Aquí no hay ninguna opción.

Porque Pablo no dijo que les impresionaran las enseñanzas de Jesús, sino que adoptaron aquellas que se ajustaban a su contexto cultural. Lo cual es sumamente importante.

Porque, si la Biblia es la Palabra de Dios, entonces no es solo una voz entre muchas. No es simplemente una colección de ideas religiosas útiles.

Y desde luego no es un libro en el que podamos elegir las partes que nos gustan e ignorar discretamente las que nos resultan difíciles.

Es verdad.

Y eso significa que no debemos situarnos por encima de ello como jueces. Debemos situarnos bajo ello.

Y para responder a la pregunta anterior: esto sí importa. En el momento en que empezamos a seleccionar qué partes de las Escrituras aceptamos, la Biblia deja de ser la autoridad. La autoridad la tenemos nosotros.

Podemos seguir mostrándonos espirituales, citando versículos y hablando de fe. Pero si solo aceptamos las partes que ya se ajustan a lo que pensamos, sentimos, queremos o preferimos, estamos interpretando la Palabra de Dios a través de nuestros propios prejuicios.

Porque la Biblia nos desafiará a todos. Desafiará nuestra cultura. Desafiará nuestras suposiciones. Desafiará nuestros instintos. Desafiará aquello que naturalmente queremos defender.

Y, por supuesto, esto significa que algunos pasajes son difíciles y plantean preguntas complejas.

Esto significa que, al leer las Escrituras y al escuchar la Palabra de Dios, debemos hacerlo con humildad y con atención.

Pero existe una gran diferencia entre la interpretación cuidadosa y la aceptación selectiva.

Existe una diferencia entre esforzarnos por comprender un pasaje bíblico porque queremos entender lo que Dios está diciendo, y descartar un pasaje porque no nos gusta lo que dice.

Jesús no consideró las Escrituras como algo opcional.

Cuando fue tentado, respondió: «Escrito está». Cuando enseñó, abrió las Escrituras. Cuando oró al Padre, dijo: «Tu palabra es verdad».

No es "tu palabra contiene algo de verdad".

No se trata de "tu palabra es cierta cuando concuerda con la cultura".

No es "tu palabra es cierta cuando me resulta cómoda".

"Tu palabra es verdad."

Antes de continuar, debemos aclarar lo siguiente: ¿estamos dispuestos a aceptar la Biblia como la verdad? No solo las partes que nos reconfortan, ni las que nos resultan fáciles, ni las que ya se ajustan a nuestras opiniones, sino la Biblia completa como la Palabra de Dios.

Porque si Dios ha hablado, entonces su Palabra no es verdad porque yo esté de acuerdo con ella.

Es verdad porque Él ha hablado.

Así como los tesalonicenses, debemos escuchar el evangelio y luego creerlo como la Palabra de Dios. Pero no debemos quedarnos ahí.

Porque Santiago nos dice que incluso los demonios creen, y tiemblan. Creer en lo correcto acerca de la Biblia es solo el punto de partida, no la meta final.

Debemos ir más allá y, para usar las palabras de Pablo, debemos aceptarlo. Debemos acogerlo en nuestros corazones.

No se trata solo de estar de acuerdo desde una distancia segura, como si fuera un hecho que hemos archivado en nuestra mente, sino de dejar que moldee nuestra forma de pensar sobre nuestro dinero, nuestro tiempo, nuestras relaciones, nuestras ambiciones, la forma en que hablamos con nuestros hijos. Todo.

Para que sea algo completamente central en nuestras vidas.

Y creo que aquí es donde la Biblia se vuelve difícil.

Si bien, como ya hemos dicho, hay algunas partes de las Escrituras difíciles de entender, en general no me cuesta creer que sean ciertas.

La coherencia de la obra, su complejidad y consistencia, y la forma en que habla con tanta honestidad y precisión sobre el corazón humano. Todo esto me da la certeza de que realmente es la Palabra de Dios.

Y a pesar de ser un libro escrito hace miles de años, explica el mundo tal como yo lo veo y me explica a mí mismo tal como me conozco.

Para mí, lo más difícil es no creer que sea verdad. Lo más difícil es aceptarlo de verdad en mi corazón.

Porque acoger la Palabra de Dios significa darle acceso a cada parte de nosotros. No solo a la parte que está de acuerdo con un sermón el sábado por la tarde y dice "Amén".

Significa permitir que la Palabra de Dios influya en nuestros matrimonios, nuestro dinero, nuestras ambiciones, nuestra ira, nuestra sexualidad, nuestra crianza de los hijos, nuestras amistades, nuestro trabajo, nuestros pensamientos privados y las cosas que nadie más sabe.

Esto significa que cuando la Biblia nos confronta con algo en nuestro interior, nuestra primera respuesta no es: "¿Cómo puedo explicar esto?".

Es como decir: "Señor, ¿qué necesito cambiar en mí?"

Porque, en la mayoría de los casos, el problema no radica en que no tengamos idea de lo que Dios quiere. Claro que hay decisiones complicadas en las que ningún versículo nos dice qué trabajo aceptar, dónde vivir o a qué hora salir hacia el aeropuerto.

En estos casos le pedimos sabiduría a Dios, y Él promete dárnosla.

Pero según la Biblia, sabemos que debemos perdonar.

Sabemos que debemos decir la verdad.

Sabemos que debemos huir de la inmoralidad sexual.

Sabemos que debemos amar a nuestros enemigos.

Ser generoso.

No chismorrear.

Anteponer los intereses de los demás a los nuestros.

Francamente, la dificultad reside en que muchas veces no queremos hacer estas cosas.

Podemos decir que queremos la guía de Dios, pero a veces lo que realmente queremos decir es que queremos que Dios apruebe la decisión que ya hemos tomado.

Y decimos que queremos que Él hable, siempre y cuando diga lo que esperábamos que dijera.

Pero aceptar la Palabra en nuestros corazones significa renunciar a ese derecho.

Significa decir, «Jesús, tú eres Dios y yo no. Tú ves lo que yo no puedo ver. Tú sabes lo que yo no sé. Por eso, aun cuando no lo entiendo del todo, confiaré en ti.»

Y esta no es una fe irracional. Es una fe arraigada en el carácter de Aquel que ha hablado.

Porque Dios no intenta menospreciarnos mediante su Palabra. No nos niega nada bueno. Sus mandamientos no son restricciones arbitrarias diseñadas para hacernos la vida miserable.

Él es nuestro Creador. Él sabe para qué fuimos creados. Jesús vino a esta tierra y murió para pagar el justo castigo por nuestros pecados. Y su Palabra nos guía a la vida.

¡Pero somos criaturas de sentimientos! Y a veces no lo parece.

A veces la obediencia será **sentir** costoso. A veces lo será. **sentir** Inconveniente. A veces significará renunciar a algo que realmente deseamos.

Y ahí es donde descubrimos si simplemente hemos recibido la Palabra como información, o si la hemos aceptado como la autoridad sobre nuestras vidas.

Así que quizás la pregunta para nosotros no sea solo "¿Creo en la Biblia?", sino más bien "¿En qué aspectos me estoy resistiendo actualmente a ella?".

¿Qué aspectos de mi vida estoy manteniendo fuera de mi alcance?

¿En qué momento he decidido ya que sé más?

Porque es posible creer que toda la Biblia es cierta en principio, ignorando al mismo tiempo lo que Dios nos dice hoy en ella.

Y Pablo dice que los tesalonicenses hicieron más que eso. Escucharon la Palabra, la recibieron como verdadera y la incorporaron a sus vidas.

Entonces, ¿cómo podemos saber si la Palabra de Dios es solo información que hemos guardado o si realmente nos está transformando? Bueno, volvamos a mirar cómo la describe Pablo.

Versículo 13, de nuevo: *"la palabra de Dios, que obra en vosotros los creyentes."*

Fíjate en el tiempo verbal. Pablo no dice que la Palabra de Dios obró en ti (tiempo pasado, tarea terminada). Dice que está obrando en ti (tiempo presente). Ahora mismo, esta tarde, mientras estás sentado en esta habitación, está obrando en ti.

No estamos hablando de un viejo libro de sabiduría, polvoriento y guardado en una estantería, esperando a que de vez en cuando extraigamos algo útil de él.

Estamos hablando de una palabra viva y activa, de un Dios vivo y activo, que entra en nosotros y sigue obrando.

Leemos en Hebreos, capítulo 4, versículo 12:

"Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos; penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón."

No es un libro que uno termina y guarda. Es un libro que sigue influyendo en ti mucho después de haberlo cerrado.

Así pues, aquí está la prueba: la evidencia no consistirá simplemente en que puedas recitar versículos, conocer la Biblia mejor que antes o ganar una discusión sobre teología.

La evidencia será que sigue haciendo algo en ti. Sigue funcionando.

Entonces, la pregunta que debemos hacernos es: ¿qué ha hecho realmente la Palabra de Dios en ti durante el último mes? ¿Durante los últimos seis meses? ¿Durante el último año?

¿Ha cambiado tu forma de pensar sobre algo? ¿Te ha hablado, de forma sutil o no tan sutil, sobre un tema que preferirías no afrontar: una relación que necesitas reparar, un hábito que necesitas abandonar, un resentimiento del que necesitas desprenderte?

¿Te ha desestabilizado en algún aspecto en el que te sentías cómodo, te ha reconfortado en una época realmente difícil o ha cambiado la forma en que pasas un martes por la noche, cómo le hablas a tu pareja o qué haces con tu dinero?

Porque si la respuesta honesta es *"En realidad no, que yo recuerde."* Si la Palabra de Dios se ha convertido en ruido de fondo, algo que escuchamos un sábado y luego dejamos de lado hasta la semana siguiente, entonces vale la pena ser honestos al respecto.

No para autoflagelarnos, sino para hacer algo al respecto. Es una pregunta que invita a la reflexión, y con la que he estado lidiando esta última semana.

Y esto no significa que seamos perfectos. Ni que seamos obras terminadas. Más bien, estamos en proceso de mejora. Al menos, estamos avanzando.

Ahora bien, si eres como yo, quizás estés pensando: «Vale, creo que la Biblia es la Palabra de Dios. Y creo que Dios es bueno y que su plan es perfecto. Entonces, ¿por qué me resulta tan difícil permitir que moldee cada aspecto de mi vida?».

Y creo que Pablo nos da la respuesta, justo aquí en el versículo 14:

«Porque vosotros, hermanos, os convertisteis en imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea. Pues sufristeis lo mismo de vuestros compatriotas que ellos de los judíos.»

Vivir como personas verdaderamente guiadas por la Palabra de Dios, en un mundo que no lo está, es doloroso. No nos sentimos a gusto aquí.

Y, por supuesto, la mayoría de nosotros en esta sala no vamos a ser sacados a la fuerza de nuestras casas ni perseguidos como lo fue la iglesia en Judea, ni como lo están siendo nuestros hermanos y hermanas en otras partes del mundo ahora mismo, esta tarde, mientras nosotros estamos aquí cómodamente sentados.

Pero eso no significa que no tenga ningún coste.

Ser creyente provocará fricciones en las relaciones.

Y luego está la lucha constante y agotadora contra el pecado en tu propio corazón.

Y está la sensación de estar un poco desfasado con respecto a tu lugar de trabajo, tu grupo de amigos o incluso tu propia familia, y la tentación de simplemente guardar silencio sobre lo que crees en lugar de arriesgarte a una situación incómoda.

Y aquí está la cuestión: si también recibimos y aceptamos lo que el mundo nos ofrece, el precio de la fidelidad puede ser más alto de lo que estamos dispuestos a pagar. Terminamos diciendo una cosa el sábado y haciendo otra el resto de la semana.

Jesús fue muy claro: nadie puede servir a dos amos. Amarás a uno y odiarás al otro, o te entregarás a uno y despreciarás al otro.

Y por supuesto, cuando dijo esto se refería específicamente al dinero, pero no creo que sea exagerado decir que lo mismo es cierto en un sentido más amplio: no se puede servir a la Palabra de Dios y a la aprobación del mundo.

Y Pablo dice que los tesalonicenses se convirtieron en imitadores de las iglesias de Dios en Judea. Y no se refiere a copiar su estilo, sino a cómo sufrieron.

Y al hacerlo, señala algo casi matemático: el mismo evangelio, que produce el mismo tipo de fe genuina en el mismo mundo caído, inevitablemente creará puntos de tensión y oposición.

Les sucedió a las iglesias de Judea. Les sucedió a los tesalonicenses. Les ha sucedido a las iglesias fieles en cada siglo desde entonces.

Así que aquí hay una pregunta que vale la pena considerar. Si la Palabra de Dios no produce ningún cambio, ningún fruto, ningún desafío ni ningún costo, vale la pena examinar por qué.

Puede que simplemente sea una época de descanso, y podemos estar agradecidos por ello. Pero también puede significar que hemos dejado de permitir que la Palabra nos guíe en aquellos aspectos cuyo cambio nos costaría dinero.

No necesariamente de una manera dramática que acapare titulares, pero ¿existe algún costo en tu vida por vivir según lo que Dios ha dicho? Y junto a ese costo, ¿crecen el amor, la santidad, la generosidad y la perseverancia?

Ahora Pablo nos muestra la respuesta opuesta a la de los tesalonicenses. Ellos recibieron con agrado la Palabra; estos opositores la resistieron e intentaron impedir que otros la escucharan.

Y lo hace retomando desde la segunda mitad del versículo 14 hasta el versículo 16, que creo que son algunos de los versículos más difíciles de toda esta carta, escribiendo sobre aquellos que:

«Porque ustedes sufrieron lo mismo de sus compatriotas que ellos de los judíos. Mataron al Señor Jesús y a los profetas, nos expulsaron, desagradan a Dios y se oponen a toda la humanidad impidiéndonos hablar a los gentiles para que se salven, colmando así la medida de sus pecados. ¡Pero la ira de Dios ha caído finalmente sobre ellos!»

Para que quede claro antes de continuar, Pablo no está condenando indiscriminadamente al pueblo judío. Pablo, Jesús, los apóstoles y los primeros creyentes eran todos judíos.

Se refiere a oponentes concretos que rechazaron a Jesús, persiguieron a sus mensajeros e intentaron impedir la predicación del evangelio.

Este pasaje ha sido terriblemente mal utilizado para justificar el antisemitismo, pero eso no es lo que Pablo está haciendo.

Ahora bien, a primera vista, esto puede sonar incómodamente como si Pablo se estuviera regodeando. Como si se frotara las manos al pensar que los enemigos de Dios recibirán su merecido.

Y si lo interpretamos de esa manera, debería inquietarnos, porque ese no es en absoluto el espíritu del evangelio.

Pero si nos detenemos a reflexionar sobre lo que dice Pablo, surge otra perspectiva. Pablo no celebra su juicio, sino que subraya la gravedad de sus actos y la justicia de la respuesta de Dios.

Porque es el evangelio —la buena noticia de Jesús— lo que trae la salvación. Y cada uno de nosotros, sin excepción, merece la ira eterna de Dios.

No es una frase fácil de pronunciar en voz alta, pero es el punto de partida honesto de la narrativa bíblica. No somos buenas personas que necesitan un poco de inspiración moral. Somos personas bajo juicio, que no podemos salvarnos a nosotros mismos.

Esto significa que el hecho de que Dios, en su misericordia, enviara a su propio Hijo es una bondad que no podemos comprender del todo. No la ganamos. No la merecíamos. Nos fue ofrecida simplemente por gracia.

Aquí Pablo no se refiere a personas que simplemente dudan o que se enfrentan a preguntas difíciles.

Se refiere a quienes se oponen deliberadamente al evangelio y trabajan activamente para impedir que otros lo escuchen. Su afirmación de que la ira divina caerá sobre ellos «al final» no es vengativa, sino justa.

Y no creo que Pablo esté siendo triunfalista al respecto. No creo que esté celebrando con euforia. Simplemente expone una realidad sobria: Dios es bueno y justo, y no puede ignorar indefinidamente a quienes se oponen a Él.

Si nos oponemos a la Palabra de Dios, e incluso si nos oponemos a Dios mismo, entonces enfrentaremos la separación eterna de Él.

Esto no está de moda decirlo en 2026, pero es lo que dice este pasaje. Repito, no podemos elegir qué partes nos resultan cómodas.

Pero aquí está la extensión de eso, y no quiero que salgamos de este pasaje sintiéndonos cómodamente distantes de él, como si fuera solo una advertencia para la gente "de ahí fuera", gente que obviamente es activamente hostil al evangelio.

Porque la verdad es que todos nos enfrentamos a esta misma ira, por defecto, como seres humanos bajo el pecado, a menos que seamos rescatados mediante la fe en Jesucristo.

Y aquellos que reciben a Jesús como Señor y Salvador son moldeados por Él y su Palabra para el resto de sus vidas.

Así que este pasaje no trata realmente sobre "ellos". Trata sobre todos nosotros y sobre los dos caminos que se presentan ante cada persona en esta sala.

Un camino consiste en escuchar la Palabra, recibirla y aceptarla; es decir, recibir a Jesús por la fe y dejar que Él siga obrando en ti.

La otra opción es oírlo y resistirse, ya sea de forma ruidosa y activa, como los que describe Pablo, o de forma silenciosa y pasiva, simplemente sin llegar a aceptarlo del todo. No hay una tercera opción.

Volvamos al punto de partida. ¿Es la Biblia simplemente un recurso útil que nos ofrece sabiduría antigua y profunda a la que podemos recurrir cuando nos conviene?

¿O es, como realmente es, la mismísima palabra de Dios, viva, activa y obrando en nosotros ahora mismo?

Y espero que este pasaje haya dejado claro que la propia Escritura no deja lugar a un término medio cómodo, donde la llamemos Palabra de Dios con nuestros labios mientras, en silencio, la tratamos como algo opcional en nuestras vidas.

Así que, sinceramente, ¿cómo estás tratando este libro?

¿Es algo a lo que recurres ocasionalmente en busca de inspiración o consuelo? ¿Es agradable tenerlo a mano, fácil de dejar y rara vez te permite que te perturbe de verdad?

¿O es, como dice Pablo que realmente es, la Palabra viva del Dios vivo, obrando en ti esta tarde, esta semana y este año, te resulte cómodo o no?

Porque esto es lo que debemos recordar. Si nunca has recibido realmente a Jesús —si has oído hablar de Él, tal vez incluso has estado en lugares como este durante años, pero nunca lo has acogido verdaderamente, si nunca lo has aceptado como Señor— entonces este pasaje te invita a hacer precisamente eso hoy.

No se trata simplemente de estar de acuerdo en que el cristianismo contiene algunas buenas ideas, sino de confiar en Jesús, recibirlo como Señor y encontrar en Él la salvación de la ira que ninguno de nosotros podría ganarse por sí mismo.

Y si eres creyente, si, como los tesalonicenses, has oído, recibido y aceptado esta Palabra, entonces la pregunta que nos deja este pasaje no es realmente "¿crees en la Biblia?".

Sospecho que la mayoría de los presentes en esta sala diríamos que sí sin dudarlo mucho.

La cuestión es si estás dispuesto a dejar que funcione. Si estás dispuesto a pagar el precio, sea pequeño o grande, que te pida esta semana, para que realmente te moldee: en cómo pasas tus tardes, qué haces con tu dinero, cómo tratas a la persona más difícil de amar.

Porque un libro en una estantería no cambia nada. Pero la Palabra viva del Dios vivo, acogida y puesta en práctica, lo cambia todo.

Así que no te limites a escucharlo hoy. No te limites a estar de acuerdo. Recíbelo. Acéptalo. Y deja que surta efecto.

Oremos.